

# 1

Hugh McVey nació en una modesta casita de un pueblo situado al oeste del Mississippi, en el estado de Missouri, un lugar miserable y sucio. Con excepción de una franja de terreno húmedo a lo largo del río, el territorio, a diez millas a la redonda, era en su mayor parte pobre e improductivo. El suelo pardo, arenoso y duro, estaba poblado, en la época de Hugh, por gentes demacradas, de aspecto tan exhausto e insignificante como la tierra que habitaban. Padecían pesimismo crónico. Los comerciantes estaban siempre a punto de quebrar y basaban sus operaciones en el crédito porque no podían pagar nunca las mercancías. Los artesanos, zapateros, carpinteros y guarnicioneros no conseguían cobrar nunca los trabajos que hacían.

Solamente las dos cantinas prosperaban porque cobraban al contado, y los hombres del campo a los que no les faltaba dinero para ello, no podían pasar sin beber.

El padre de Hugh McVey, John McVey, había sido campesino en su juventud, pero antes de que naciera Hugh se marchó al pueblo para trabajar de guarnicionero. La guarnicionería quebró un par de años después. John McVey se quedó en el pueblo y se aficionó a la bebida: era

la afición más sencilla para él. Durante la época en que trabajaba en los curtidos se casó, y del matrimonio nació un hijo. Después, murió la mujer y el inconstante trabajador cogió a su hijo y se fue a vivir a una casucha situada cerca del río. Nadie podría asegurar cómo vivió el pequeño los primeros años que siguieron. John McVey vagaba por las calles del pueblo o por la orilla del río y sólo despertaba de su habitual somnolencia cuando el hambre o la necesidad de beber lo acuciaban. Entonces iba a trabajar un día en alguna granja de los alrededores, o se unía a otros vagabundos como él para hacer una excursión sospechosa a lo largo del río. El niño se quedaba encerrado en la cabaña, o lo llevaban a la expedición metido en un cesto. En cuanto pudo andar, se vio obligado a buscar trabajo para comer, y el niño de diez años hubo de seguir a su padre en sus andanzas. Juntos iban a buscar el trabajo que había, pero el que trabajaba era el niño, mientras el padre se tumbaba al sol. Limpiaban pozos, lavaban pisos y tiendas y por la noche llevaban la basura en un carrito a la orilla del río y la arrojaban allí. A los catorce años Hugh era casi tan alto como su padre, e igual de inculto. Sabía leer un poco y escribir su nombre, nociones que adquirió de otros muchachos que iban a pescar a la orilla del río, pero nunca fue a la escuela.

Algunas veces no trabajaba y permanecía amodorrado a la sombra de algún árbol, junto al río. Lo que pescaba en sus días más laboriosos, lo vendía por unas monedas a alguna mujer del pueblo, y el producto de la venta lo empleaba en adquirir alimentos para su indolente persona. Como todo animal que llega a su madurez, huía de su padre, no porque sintiera resentimiento alguno hacia él, sino porque creía que ya era hora de arreglárselas por sí solo.

A los catorce años, cuando el muchacho estaba a punto de sentirse dominado definitivamente por aquella vida totalmente animal, ocurrió algo extraordinario. Pasó un ferrocarril por el pueblo y Hugh halló un empleo en la estación para encargarse de diversas faenas. Hacía la lim-

pieza, subía los bultos en los vagones, cortaba la hierba y ayudaba de mil maneras a la persona que desempeñaba el complicado cargo de taquillero, encargado de los equipajes y telegrafista de la estación.

Hugh comenzó a despertar un poco. Vivía con su jefe Henry Shepard, y por primera vez comenzó a sentarse ante una mesa decente. Su existencia, transcurrida la orilla del río en las tardes estivales, o sentado horas y en una barca, había desarrollado en él una visión especial de la vida. Le era difícil definirse y definir las cosas, pero a pesar de su embotamiento intelectual tenía un gran caudal de paciencia, heredado, probablemente, de su madre. La esposa de su jefe, Sarah Shepard, era una mujer desenvuelta que odiaba a la gente del pueblo, en el que, por obra del destino, se había visto obligada a ir a parar. Aquella mujer amonestaba constantemente a Hugh, tratándole como a un niño de seis años, diciéndole cómo había de sentarse a la mesa, cómo tenía que coger el tenedor, cómo hablar a las personas que entraban en la casa o en la estación. Su maternidad instintiva se desarrolló ante el desamparo de Hugh y como no tenía ningún hijo comenzó a tomar cariño a aquel mozo alto y taciturno. Era una mujer pequeña. Cuando se ponía a reñir al muchacho desgarbado y estulto, la miraba él con sus ojillos perplejos y formaban los dos un contraste que divertía mucho a su marido, un hombre grueso y bajo, muy calvo, que usaba pantalones azules y camisa de algodón, del mismo color. Cuando los hallaba juntos al volver a su casa, situada muy cerca de la estación, se apoyaba en la puerta y desde allí los contemplaba y gritaba:

—¡Vete, Hugh, no seas tonto!... ¡Te va a pegar si te descuidas!...

Hugh ganaba poco en su empleo, pero por primera vez en su vida comenzó a hallarse a gusto. Henry Shepard le compraba la ropa, y Sarah, su esposa, que era una gran cocinera, ponía en la mesa cosas deliciosas. Hugh comía hasta que ambos le decían que iba a reventar si continuaba.

Algunas veces, cuando no lo veían, entraba en la estación y se tumbaba debajo de un árbol. Su jefe lo iba a buscar, cortaba una rama del árbol y comenzaba a golpear con ella los desnudos pies del muchacho. Hugh despertaba y quedaba confuso ante su jefe, temeroso de que lo echaran de su nuevo hogar. Shepard adoptaba el sistema de su esposa, y lo reñía. Realmente le molestaba la indolencia del muchacho, y le enumeraba cien cosas en las que podía ocuparse. Disfrutaba buscando ocupaciones para Hugh y cuando no las hallaba las inventaba.

–Me parece que tendremos que dejar volar al pájaro. Sería el único sistema para arreglar esto –le decía a su esposa.

El muchacho aprendió entonces a luchar contra la indolencia atávica de su cuerpo fijando su borrosa inteligencia en varias cosas. Permanecía horas y horas haciendo el trabajo que le encargaban. Se olvidaba del objetivo y lo hacía, simplemente, porque era un trabajo y lo mantenía despierto. Una mañana le ordenaron que barriera el andén de la estación. Su jefe se había ausentado y al marcharse no le detalló la siguiente ocupación. Hugh tenía miedo a sentarse por no caer en el sopor en que había pasado una buena parte de su vida, por eso continuó barriendo durante dos o tres horas. El pavimento de la estación era bastante basto y las manos de Hugh muy rudas. La escoba con que ejecutaba la faena comenzó a hacerse pedazos y las fibras se iban esparciendo, de modo que al cabo de una hora de trabajo, el andén estaba más sucio que cuando empezó.

Sarah Shepard se asomó a la puerta de la casa y lo estuvo observando. Sintió la tentación de llamarlo y regañarle por su estupidez, pero vio la expresión de desconsuelo reflejada en el escuálido rostro del muchacho y se enterneció. Le abrió los brazos para cobijarlo en ellos mientras caían lágrimas de sus ojos. Parecía querer proteger a Hugh, como si fuese su verdadera madre, contra un mundo del que ella estaba segura que había de tratar al chico igual que a una bestia de carga, sin tener en cuenta para

nada el desarrollo de su niñez y el origen de su nacimiento. Como había terminado las faenas de la casa, y sin decirle nada a Hugh, que continuaba barriendo laboriosamente el andén, de arriba abajo, fue al pueblo y entró en una tienda y compró media docena de libros de lectura. Había adoptado la decisión de ser la maestra de Hugh McVey, y con la energía que la caracterizaba puso en práctica el proyecto inmediatamente. Cuando al volver a casa, vio que Hugh seguía limpiando el andén de un extremo a otro, no lo riñó y le habló con dulzura.

–Bueno, hijo mío, deja la escoba y ven a casa. Quiero considerarte como mi propio hijo y deseo no tenerme que avergonzar de ti. Si tienes que vivir conmigo, no quiero que crezcas como un ser inútil que no sirve para nada, como tu padre y toda la gente de este pueblo estúpido. Quiero que aprendas algo, y yo seré tu maestra. Vete enseguida a casa –añadió luego conminatoriamente, haciendo con la mano un gesto autoritario al muchacho, que permanecía con la escoba entre las suyas en actitud pasmada–. Cuando hay que hacer una cosa, no hay que aplazarla. Me parece que va a ser algo difícil educarte, pero hay que intentarlo, y lo mejor es que comencemos enseguida las lecciones.

• • •

Hugh McVey vivió con Henry Shepard y su esposa hasta que se hizo hombre. Desde que Sarah Shepard comenzó a ser su maestra, las cosas se presentaron mejor para él. Las amonestaciones de aquella mujer de Nueva Inglaterra, que acentuaron el carácter reservado y tímido del muchacho, fueron desvaneciéndose y la vida en aquel hogar de adopción se desarrollaba tan tranquila que Hugh creía vivir en un paraíso.

Algunas veces el matrimonio habló de mandar al chico al colegio del pueblo, pero Sarah se opuso siempre. Había comenzado a tomarle tal cariño a Hugh que le parecía que llevaba su propia sangre, y el pensar

que tendría que sentarse en la escuela, ya tan mayor, tan torpe, con los niños menores, la irritaba, no pudiendo sufrir la idea de que los demás niños se burlaran de él. Además, le disgustaba la gente del pueblo y por eso deseaba que Hugh no se comunicara con ella.

Sarah Shepard procedía de una comarca y una población muy diferente de la que habitaba ahora. Su familia, gente sobria de Nueva Inglaterra, se estableció en el este un año después de la guerra civil para hacerse cargo de unas tierras forestales, situadas al sur de Michigan. La hija ya era bastante crecida cuando sus padres hicieron aquel viaje, y ya antes de llegar al nuevo hogar había ayudado a su padre en los trabajos del campo. La tierra que habían adquirido estaba llena de raíces de árboles talados, por lo que era dura de labrar, pero los habitantes de Nueva Inglaterra estaban ya acostumbrados a las dificultades y no se desanimaban. La tierra era rica y las gentes que la iban poblando, pobres, pero llenas de esperanzas. Creían que cada día de duro trabajo transcurrido en dominar a aquella tierra era como si se acercaran a un tesoro que sería suyo algún día.

En Nueva Inglaterra habían aprendido a luchar contra un clima duro y un suelo pedregoso e improductivo. El clima apacible y la tierra honda y rica de Michigan estaban llenos de promesas para ellos. El padre de Sarah, como la mayoría de sus convecinos, tuvo que empeñarse para adquirir materiales agrícolas y para pagar la tierra adquirida; cada año tenía que pagar casi más de lo que ganaba en intereses hipotecarios, adeudados a un prestamista de un pueblo cercano, pero aquello no lo desalentaba. Iba alegre al cotidiano trabajo, hablando siempre del porvenir de paz y prosperidad.

–En unos cuantos años, cuando la tierra esté bien labrada, ganaremos mucho dinero –afirmaba.

Cuando creció y comenzó a alternar con los emigrantes de su edad, Sarah oía hablar constantemente de intereses hipotecarios y de las difi-

cultades para pagarlos, pero todo el mundo reconocía que aquello era una circunstancia transitoria. En todos latía la misma esperanza de un brillante porvenir. En todo el sur de Estados Unidos, en Ohio, en Indiana, en Illinois, Wisconsin y Iowa prevalecía un espíritu optimista. En todos los pechos la esperanza luchaba ventajosamente contra la pobreza. El optimismo se filtraba en la sangre de los niños y esto fue más tarde la base del desarrollo de todo el territorio del oeste. Los hijos y las hijas de aquellas gentes luchadoras tenían saturada la mente con el pensamiento del pago de los intereses hipotecarios, pero lo afrontaban con valor. Si ellos, con el carácter mezquino, y a veces avaro, de los emigrantes de Nueva Inglaterra, legaron a la moderna vida americana un aspecto demasiado material, supieron, también, crear un país en el que algún día podría vivir en paz un pueblo menos materialista.

En medio de aquella reducida comunidad de hombres vencidos en la lucha por la vida que se cobijaba en la orilla del Mississippi, la mujer que le hacía de segunda madre a Hugh McVey, por cuyas venas corría la sangre de los luchadores, no se sentía ni vencida ni triste. Tenía la idea de que ella y su marido iban a permanecer en aquel pueblo del Missouri durante algún tiempo para después trasladarse a una población mayor y mejorar de posición social. Irían progresando en la vida, hasta que aquel hombre rechoncho llegara a director de una compañía ferroviaria o a millonario. El camino estaba marcado y no había más que echar a andar. Tenía una seguridad firme en el porvenir.

–Hazlo todo bien –le decía a su esposo, que se hallaba perfectamente satisfecho de su posición en la vida y no tenía aquella idea exaltada del futuro–. No dejes de dar tus informaciones con limpieza y claridad, para demostrar a tus superiores que eres capaz de desenvolver cualquier cargo que te ofrezcan; así tendrás ocasión de conseguir un empleo de más importancia. El día menos pensado recibirás una sorpresa y te llamarán para que ocupes un cargo de influencia. No vamos

a resignamos a permanecer mucho tiempo en este rincón del mundo.

Aquella mujercita de nobles ambiciones, que había tomado bajo su custodia al hijo del indolente jornalero, le hablaba constantemente de su familia. Todas las tardes, después de terminar las faenas domésticas, se llevaba al muchacho a la habitación fronteriza de la casa y pasaba horas enteras en sus lecciones. Luchaba con entusiasmo en el difícil problema de modificar la cortedad de aquella inteligencia, como su padre luchara en otro tiempo para arrancar las profundas y estériles raíces de la tierra de Michigan. Hasta que se había repasado y vuelto a repasar cada lección y Hugh llegaba a un estupor producido por la fatiga mental, no cerraba los libros para charlar con él sobre otras cosas.

Entonces le hablaba con gran fervor de su juventud y de las gentes y lugares en que había vivido. En aquellos relatos presentaba a los emigrados de Nueva Inglaterra, recogidos en aquella comunidad de campesinos, como una raza fuerte, honesta, frugal y progresiva. En cambio, condenaba duramente la conducta del padre del joven y le daba lástima que corriera aquella sangre por las venas de Hugh. Entonces el chico, todo su cuerpo, sentía ciertas dificultades fisiológicas que Sarah Shepard no podía explicarse. La sangre no corría con libertad por su cuerpo, tenía siempre las manos y los pies fríos y sentía casi una satisfacción sensual al tumbarse en el patio de la estación y permanecer completamente inmóvil, dejando que cayera el sol de plano sobre su cuerpo.

Sarah Shepard veía en la pereza de Hugh una cuestión de espíritu.

–Tienes que cambiar –le decía–. Mira a las gentes de tu pueblo, pobres blancos, miserables y desamparados. Tú no puedes ser como ellos. Es un pecado ser tan vago y tan indigno.

Bajo el incentivo de aquella mujer de espíritu elevado, Hugh luchó contra la inclinación que sentía hacia el aletargamiento y se convenció de que la gente de su pueblo pertenecía realmente a una raza inferior, y que era mejor no ponerse en contacto con ella. Durante el primer año



que vivió con los Shepard tuvo algunas veces deseos de volver a su antigua vida de vagancia, con su padre y sus miserias. Acudían viajeros en las barcas movidas a vapor para desembarcar en la orilla del río e ir a tomar el tren que los condujera a otros pueblos, y Hugh ganaba algún dinero transportando maletas atestadas de ropa o las cajas de muestras de los viajantes, desde el río a la estación.

A los catorce años, el vigor de su desgarrado cuerpo era tal que sobrepasaba al de cualquier hombre del pueblo. Transportaba las maletas a la espalda caminando con lentitud y pesadez, tal como pudiera hacerlo un caballo de labranza que llevara en el lomo a un niño de seis años.

Durante algún tiempo entregó a su padre el dinero que ganaba así, y cuando llegaba a un estado de estupor, debido al alcohol, volvía el padre a exigirle al muchacho que volviera a vivir con él. Hugh no tenía voluntad para rechazarle y algunas veces sentía un sincero deseo de irse con él. Cuando no lo veían ni su jefe ni su esposa, echaba a correr e iba a sentarse medio día junto a su padre, de espaldas a la casucha. Sus largas piernas se estiraban ante la caricia del sol, mientras sus ojillos somnolientos se perdían en la línea del río. Percibía en aquel estado un placer delicioso y durante un momento se sentía completamente feliz, pensando que no tenía el menor deseo de volver a la estación para reunirse con la mujer que tan decidida estaba a regenerarlo.

Hugh miraba a su padre cómo dormía y roncaba en la orilla del río, cubierta de hierba. Y entonces sentía nacer en él un extraño sentimiento de deslealtad y de inquietud. La boca de aquel hombre permanecía abierta, y roncaba fuertemente; su traje grasiento y andrajoso exhalaba olor a pescado; las moscas cubrían su rostro. Hugh estaba un poco molesto. En sus ojos se reflejaba cierta luz de voluntad, y violentándose dominaba la inclinación que sentía de tumbarse junto a su padre y dormir como él. Sonaba en sus oídos el eco de la voz de la mujer de Nueva Inglaterra, que tantos esfuerzos hacía para arrancarle de aquel ambiente

miserable y orientarlo en una vida más clara y mejor. Por fin, se levantaba y se dirigía a la casa de su jefe. Junto a la estación lo esperaba Sarah Shepard, que le dirigía duras palabras y le hablaba con desprecio de la gente del pueblo, y Hugh se sentía entonces avergonzado. Comenzó a detestar a su propio padre y a su propio pueblo. Más tarde, cuando el jornalero iba a la estación a pedirle el dinero que había ganado llevando equipajes, le volvía la espalda y se marchaba a casa de Shepard. Al cabo de uno o dos años apenas si prestaba atención al disoluto jornalero que acudía a la estación, de vez en cuando, para increparle y acosarle. Cuando ganaba algún dinero se lo daba a Sarah para que se lo guardase.

–Bueno –decía hablando despacio y con la expresión vacilante que era peculiar en sus coterráneos–, si me da usted un poco de tiempo ya aprenderé... Yo también quiero ser lo que usted quiere que sea. Si me ayuda llegaré a ser un hombre.

• • •

Hugh McVey vivió en el pueblo del Missouri bajo la tutela de Sarah Shepard, hasta los diecinueve años. Al llegar a esta edad su jefe renunció al cargo para volverse a Michigan. El padre de Sarah Shepard había muerto, después de dejar dispuestos para el cultivo ciento treinta acres de tierra, que le legó a su hija. El sueño que durante muchos años venía abrigando en su imaginación, ver al bueno de Henry Shepard ocupando un puesto directivo en el mundo de los negocios ferroviarios, comenzaba a desvanecerse. En las revistas y periódicos leía constantemente detalles de otros hombres que, desde un modesto puesto en los servicios ferroviarios, habían llegado a ser ricos e influyentes, pero no parecía probable que le ocurriera a su marido en la actualidad nada semejante. Su trabajo, bajo su vigilancia personal, había sido siempre esmerado,

pero no por eso había prosperado más. A veces cruzaban por la estación jefes de la compañía de ferrocarriles que viajaban con todo lujo, en coches particulares agregados al fin del tren, pero no se detenían ni preguntaban por Henry Shepard para premiarle su fidelidad y celo con algún cargo más importante, como ocurría con otros más afortunados, a juzgar por los relatos que leía en los periódicos.

Cuando murió su padre y vio una oportunidad de volver la cara hacia el este y de poder vivir de nuevo con sus coterráneos, recomendó a su marido que renunciara al cargo con la resignación de quien se ve obligado a aceptar lo inevitable. El jefe de estación se las arregló para dejar en su puesto a Hugh, y el matrimonio se marchó una mañana gris del mes de octubre, dejando al alto y desgarbado joven en su puesto. Hugh tenía que llevar libros, calcular suplementos de viaje, recibir telegramas y un sinfín de otras cosas. Muy de mañana, antes de que llegara el tren que había de llevarles allí, Sarah Shepard llamó a Hugh y le repitió las mismas instrucciones que tantas veces había dado a su propio marido.

—Haz todas las cosas con claridad y cuidado. Hazte digno de la confianza que han puesto en ti.

Quería convencerle, como lo intentara con su esposo, de que si trabajaba con asiduidad y fidelidad lo ascenderían pronto, pero teniendo ante él el ejemplo de Henry Shepard, que había cumplido durante muchos años y con escrupulosidad intachable la misión que iba a cumplir Hugh, no se atrevió a decirle las palabras que acudían a su boca. Aquel hijo del pueblo y aquella mujer que hizo las veces de madre durante cinco años y que tantas veces lo había amonestado, permanecieron sumidos en un embarazoso silencio.

Fracasada Sarah en lo que había sido la ilusión de su vida respecto a su marido, y sin fuerzas para repetir la fórmula eterna, no le quedaba nada que decir. Hugh, con su alta silueta, apoyado en el poste que sostenía el techo del pórtico fronterizo de la casita, en la que día tras día le

había dado sus lecciones, se le presentaba ahora a Sarah como de edad madura; el rostro solemne del joven parecía reflejar una experiencia mucho más completa que la de su protectora. Entonces sintió ésta una extraña sensación repelente y no se atrevió a continuar sermoneándole para que fuera un hombre digno y progresara en la vida. Si Hugh hubiese sido algo más débil de complexión y Sarah lo creyera más joven e ingenuo, con seguridad que lo hubiera estrechado entre sus brazos, haciéndole nuevas recomendaciones. Pero permaneció silenciosa, y corrieron los minutos sin que se dijeran nada. Cuando el tren en que tenía que marcharse Sarah lanzó un agudo silbido y Henry Shepard llamó a su mujer desde la estación, se inclinó hacia el joven y le dio un beso en la mejilla. Los ojos de ambos se empañaron de lágrimas. Antes de marcharse le dijo su eterna fórmula.

–Haz bien hasta las cosas más insignificantes y verás cómo se te presentan magnificas oportunidades –murmuró, mientras caminaba hacia la estación, al lado de Hugh, para tomar el tren.

Después de marcharse Sarah y Henry Shepard, Hugh continuó luchando contra su propensión a la inercia. Hacía esfuerzos extraordinarios para vencer aquella inclinación, para compensar así todos los desvelos de la mujer que tantas horas había pasado en su educación. Pero aunque las enseñanzas recibidas le habían proporcionado una cultura superior a la de la mayoría de los muchachos del pueblo, no por eso había perdido la afición a tumbarse al sol y no hacer nada. Su trabajo exigía atención y desde que Sarah se fue, Hugh se sentaba, algunos días, en la silla de la habitación del telégrafo y libraba una batalla desesperada consigo mismo.

Entonces brillaba en sus ojos una determinación y se iba a pasear de un lado a otro del andén. La acción de levantar uno de sus largos pies para ponerlo otra vez en el suelo al andar, significaba cierto esfuerzo de voluntad. Todo movimiento general de su cuerpo requería una vio-

lencia penosa, y algunas veces se negaba a sufrirla. Juzgaba el esfuerzo físico como una especie de ejercicio necesario para un porvenir glorioso que le esperaba algún día, en un país más bello y claro, que existía en el este.

–Si no me muevo y hago constante ejercicio, me convertiré en un ser como mi padre, como toda la gente de aquí –se decía.

A veces pensaba en el hombre que le diera la vida y al que veía de vez en cuando por Main Street con aspecto miserable o durmiendo alguna borrachera a orillas del río. Estaba muy disgustado con él y hasta llegaba a tener una opinión de la gente de aquel pueblo del Missouri semejante a la que tenía la esposa del que fue su jefe.

–Son un hatajo de zafios miserables –le había dicho Sarah un sinnúmero de veces, y él, ahora, coincidía con aquella opinión, pero en algunas ocasiones se preguntaba si no acabaría él en lo mismo. Sabía que corría aquel peligro, y, en honor a la mujer que tanto lo había ayudado y en beneficio de su propia dignidad, tenía el firme propósito de evitarlo.

En verdad, la gente de Mudcat era totalmente distinta de la gente que Sarah Shepard había conocido en otros sitios, y distinta, también, de la que Hugh conoció más adelante. El que había nacido entre gentes miserables estaba destinado a vivir entre personas agradables y enérgicas, y hasta merecer la calificación de gran hombre, no obstante pensar, en su fuero interno, que no la merecía.

Casi toda la población del pueblo en que Hugh naciera procedía del Sur. Había vivido, anteriormente, en una región en la que el trabajo físico lo realizaban los esclavos, y por eso tenían instintiva aversión a la actividad. En el sur, cuando aquellas gentes no tenían dinero para comprar esclavos, y como sentían pocos deseos de entrar en competencia con los que los tenían, trataron de vivir sin trabajar. En su mayor parte habitaban la comarca montañosa de Kentucky y Tennessee, que era demasiado pobre e improductiva para que despertara la ambición de los

ricos, dueños de esclavos, que cultivaban la parte llana del país. Se alimentaban mal y sus cuerpos iban degenerando paulatinamente. Los hijos crecían altos, flacos y amarillos, como plantas mal cuidadas. Padeían mucha hambre y sentían deseos vagos que los inclinaban al sueño. Hasta los más enérgicos de entre ellos sentían el contagio de una vida ingrata y se volvían viciosos y degenerados. Vivían en un ambiente feudal y se mataban los unos a los otros, movidos por sus odios.

Cuando, después de la guerra civil, parte de esta población emigró a lo largo de los ríos y se estableció en la Indiana del Sur, en Illinois y en el este del Missouri y Arkansas, parecía que había agotado sus fuerzas en el viaje, y volvieron enseguida a su primitivo sistema de vida. Su impulso migratorio no los llevó demasiado lejos, pero algunos de ellos llegaron a las ricas comarcas de Illinois o Iowa o a la también rica zona del Missouri posterior y Arkansas. En Indiana del Sur y en Illinois el medio vital influyó en ellos, y, al mezclarse su sangre, parecieron despertar un poco, adquiriendo, en parte, las cualidades de los nativos, pero carentes de su instintiva actividad. En muchos de los pueblos del Missouri y Arkansas cambiaron algo, pero no mucho. Cualquier viajero que vaya a estas comarcas podrá ver todavía a los habitantes, altos, delgados y haraganes, muy aficionados a dormir y despertando sólo de sus largos periodos de estupor cuando los domina la cólera.

Hugh McVey permaneció en su casa y en su pueblo un año más, después de marcharse Henry Shepard y su esposa, que le habían hecho las veces de padre y madre. Luego, también él se marchó. Durante el transcurso de aquel año luchó constantemente contra la indolencia. Cuando despertaba por la mañana no se permitía el placer de permanecer unos minutos en la cama, ya que de hacerlo así lo dominaba la apatía y no se veía con fuerzas para levantarse; saltaba en el acto de la cama e iba a la estación. Durante el día no era mucho el trabajo y lo que hacía era pasear de arriba abajo del andén, durante horas y horas.

Si se sentaba cogía enseguida un libro y se ponía a trabajar, hasta que las páginas del libro perdían toda significación, lo que era un aviso de que le estaba tentando el sueño; entonces se levantaba y volvía de nuevo a reanudar sus paseos. Como estaba de acuerdo con la opinión que Sarah tenía de aquel pueblo, no quería tener contacto con él y su vida se desenvolvía en una profunda soledad que lo obligaba a trabajar como recurso supremo.

Pero le ocurrió algo extraordinario. Aunque no era ni había sido nunca activo, en cambio su mente comenzó a trabajar con inquietud febril. Los vagos sentimientos e ideas que fueron siempre parte íntegra de su ser, pero indefinidos, o mal definidos, como nubes flotantes en un firmamento gris, comenzaron a definirse con claridad. Por la noche, después de terminar el trabajo y de cerrar la estación, en lugar de irse a la habitación del hotel que tenía alquilada, se iba a haraganear por el pueblo y por la carretera que daba a la orilla del río. Se sentía dominado por un sinfín de deseos nuevos y bien definidos. Comenzó a desear hablar con la gente, a conocer a hombres y sobre todo a mujeres, pero la hostilidad engendrada por las palabras de Sarah Shepard, y, sobre todo, aquellos defectos que hallaba en sí mismo como en las gentes del pueblo, lo inquietaban.

Al cabo de unos meses de irse los Shepard, el padre de Hugh murió en una riña con otro borracho a la orilla del río motivada por la propiedad de un perro. Entonces, Hugh adoptó repentinamente una resolución heroica. Se dirigió a una de las dos cantinas que había en la localidad, para ver a su propietario, que había sido algo amigo o compañero de su padre, le entregó dinero para que enterraran a éste y telegrafió a la dirección de la compañía para que enviase a Mudcat a un empleado que lo sustituyera. La misma tarde del día en que enterraron a su padre se compró una maleta y metió en ella las pocas cosas que tenía. Luego se sentó en la escalera de la estación a esperar al tren que

había de traer al nuevo empleado y que había de llevárselo a él de allí. No sabía adónde iba a dirigirse. Lo único que sentía era la necesidad de ir a otro país y conocer gente nueva. Pensaba ir hacia el norte. Se acordó entonces de aquellas largas tardes del verano transcurridas en el pueblo, cuando su jefe dormía y Sarah Shepard le hablaba. El muchacho, mientras escuchaba, sentía deseos de dormirse, pero no se atrevía a hacerlo porque lo miraban fijamente los ojos de su protectora. Le hablaba de un país en el que los pueblos tenían las casas pintadas con brillantes colores, en los que había jóvenes vestidas de blanco, que paseaban por las tardes, bajo la sombra de los árboles, por calles bien pavimentadas, sin polvo ni barro, con tiendas iluminadas espléndidamente, atestadas de mercancías, y gente que tenía dinero para comprarlas en abundancia, donde todo el mundo se ocupaba en algo útil y no existía la vagancia. Su trabajo en la estación ferroviaria le dio cierta idea de la geografía del país, y aunque no hubiera podido afirmar si Sarah al hablar así se refería a la época de su infancia en Nueva Inglaterra o la de su juventud en Michigan, sabía, en términos generales, que para buscar la comarca y la gente que lo atraía, tenía que ir hacia el este. Creía que cuando más fuera hacia el este la vida sería más hermosa, si bien era preferible no ir demasiado lejos al principio.

—Iré hacia la parte norte de Indiana o de Ohio —se dijo—. Debe de haber ciudades muy bonitas por aquella parte.

Hugh tenía una impaciencia infantil por comenzar a viajar y a vivir la vida de otras comarcas. El despertar gradual de su imaginación le prestaba audacia y se creía realmente preparado para la sociabilidad con otros hombres. Deseaba conocer y ser amigo de gente que viviera bellamente, que fuese agradable y atractiva en todos los aspectos. Al sentarse en la escalera de la estación de aquel pobre pueblo del Missouri, junto a su maleta y con la cabeza llena del pensamiento de las cosas que más le gustaba hacer en la vida, observó de pronto que su imagi-



nación estaba tan ansiosa y tan conturbada que la inquietud se transmitía a su cuerpo.

Acaso por primera vez en su vida se levantó sin esfuerzo alguno y anduvo de arriba abajo de la estación, exuberante de energía.

–Al fin me voy, me voy para ser un hombre y tratar a otros hombres –se decía repetidamente.

La frase tomó cierta plasticidad en su mente y la repetía sin darse cuenta, mientras su corazón latía aceleradamente, como si se anticipara al porvenir que debía depararle el destino.